

**Homilía del Sr. Arzobispo de Buenos Aires Mons. Jorge García Cuerva
en la Ordenación Presbiteral
Parroquia San Benito Abad - 11 de noviembre de 2023**

Al caer la tarde, se acercaron los Doce y le dijeron: Despide a la multitud para que busquen albergue y alimento porque estamos en un lugar desierto. (Lc 9, 12)

Al caer la tarde...cuando la luz se va; cuando empiezan a ganar las sombras de la noche; cuando todo se pone medio oscuro; cuando el sol se esconde.

*Los Doce se acercaron y le hablaron a Jesús... Queridos Matías, Eduardo, Martín y Matías: quisiera si me permiten, comenzar con un consejo: sean **pastores de oración**, que siempre lo busquen a Jesús; que le hablen, que le cuenten de sus cosas y de las del pueblo; pero que especialmente lo hagan cuando anochezca en el corazón; cuando parezca que nada tiene sentido; cuando las sombras del fracaso o la incomprensión parezcan ganar; cuando, así como cae la tarde, caiga la esperanza, caiga la alegría o el entusiasmo. En esos momentos mucho más, igual que los Doce, acérquense al Señor y compártanle toda la vida.*

Hoy los apóstoles le cuentan a Jesús que están preocupados por la multitud, que se sienten sobrepasados, porque son más de cinco mil, porque están en un lugar desierto, y la gente no tiene albergue ni alimento.

Y vuelvo sobre aquella anécdota familiar que les conté hace un tiempo: mi hermano menor desarmaba alguno de sus juguetes, y luego le llevaba a mi papá todas las partes para decirle: “*Papá, ¿me lo armás?*”; y mi viejo, con santa paciencia le volvía a armar el juguete.

Así puede ser nuestra oración sacerdotal: llevarle a Dios las preocupaciones, las angustias, las partes de toda la tarea pastoral, los pedazos del corazón, y decirle con confianza y como si fuésemos niños: “*Papá, ¿me lo armás?*”

Y en el evangelio que proclamamos hoy, Jesús se ocupa justamente de rearmar y resolver todo a partir de esa frase que ustedes eligieron como lema de esta ordenación sacerdotal: “*Denles de comer ustedes mismos*” (Lc 9, 13)

Porque nuestro pueblo tiene hambre: el hambre del estómago de tantos hermanos que viven en la calle; el hambre de los que, víctimas de una inflación galopante, no pueden llevar un plato de comida digno y abundante a las mesas familiares. El hambre de tantos argentinos atravesados por la indigencia y la marginación.

Y todos tenemos hambre, porque hemos comido el pan duro de la indiferencia y el egoísmo; el pan viejo y agrietado de la división entre hermanos; el pan enmohecido de la descalificación y la desinformación; el pan amargo de la tristeza y la desesperanza; el pan del quietismo que nos deja la panza llena pero el corazón achanchado, con *fiaca* espiritual, sin ganas de ser la Iglesia en salida que *primerea* y se involucra. Y también como país, nos vamos acostumbrando a comer migajas y sobras de sueños rotos y promesas incumplidas, y el pan de canje por un voto que sabe a engaño y uso político.

Igual que aquella multitud, nosotros también tenemos hambre: hambre del Pan de la Palabra de Dios capaz de abrir nuestros encierros y soledades; hambre de fraternidad y misericordia en una sociedad competitiva y egoísta.

Tenemos hambre de Ti Señor; tenemos hambre del Pan de Vida que calma el hambre más profunda; tenemos hambre del Pan vivo bajado del Cielo que consuela y fortalece en el camino de la vida; tenemos hambre del Pan eterno que nos cura y nos perdona.

Y entonces, escuchamos una vez más las palabras de Jesús: “*Denles de comer ustedes mismos*”

Queridos Eduardo, Matías, Martín y Matías: ofrezcan sus cinco panes y dos pescados, ofrezcan y entreguen generosamente sus vidas para saciar el hambre del pueblo. Puede parecer poco a los ojos del mundo, pero Jesús hace el milagro. Él será el que tomará sus vidas en sus manos y los ungirá con el óleo sagrado; levantando los ojos al cielo, los bendecirá y a partir de ese momento, los invitará a partirse y repartirse; a entregarse y a servir a la multitud. Serán al mismo tiempo **pastores y pan, pan y pastores**. Vidas que se multiplican en la entrega y que sacian, en nombre de Dios, el hambre de nuestra gente.

Que cada día al consagrar el pan en la misa y decir: “*Tomen y coman todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por ustedes*”, se entreguen ustedes mismos.

Su pueblo se merece lo mejor de ustedes, no den migajas, ni las sobras; no se guarden el mejor pan; sus vidas son para compartir.

Tampoco caigan en la tentación de sentirse héroes o salvadores. El evangelio de hoy es muy claro: el milagro de la multiplicación lo hace Jesús. Él es Dios; nosotros, igual que los Doce, somos los mozos que servimos a la gente sentada en grupos.

Como animadores y pastores, ayuden a sus comunidades a organizarse, a compartir, y a ser solidarios unos con otros, pero que el protagonismo siempre lo tenga el Señor.

Al final del evangelio, dice que *se llenaron doce canastas* (Lc 9, 17). Ser sacerdotes enamorados de Jesús les llenará el corazón; entregar la vida por el Reino los llenará de alegría y entusiasmo; ser pastores cercanos los llenará de afectos, de amigos y familia.

Por eso, en momentos en que algunos hacen campaña con el miedo, ustedes, no teman; no están solos. Llénense de Dios en la oración, llénense del amor del pueblo en el contacto diario con la gente. No se guarden; no nos hacemos curas para tener una vida cómoda, relajada y llena de privilegios; tampoco para hacer carrera.

Nos hicimos pastores para ser discípulos misioneros que caminan detrás del Maestro; para ser felices en la entrega; para ser apasionados por el Evangelio, audaces en la acción pastoral, y siempre misericordiosos, como Dios lo es con nosotros.

Les deseo que sean sacerdotes muy felices y alegres; esa es la mejor pastoral vocacional; *que no les falte resurrección*, como nos dice Francisco en la exhortación *Evangelii Gaudium*;¹ y que salgan al encuentro de Jesús en los barrios, en las calles y plazas de Buenos Aires, porque tenemos la certeza de que *Dios vive en la ciudad*.

¹ Cfr. FRANCISCO, Exhortación *Evangelii Gaudium* 277, Ciudad del Vaticano noviembre 2013

Y por favor, no se olviden nunca: es el Señor el que hace el milagro de la multiplicación; ustedes sean siempre pan en sus manos.

Pan para saciar el hambre de todos.

Amasado despacio, cocido en el horno de la verdad hiriente,
del amor auténtico, del gesto delicado.

Pan partido, multiplicado al romperse,

llegando a más manos, a más bocas,
a más pueblos, a más historias.

Pan bueno, vida para quien yace en las cunetas,

y para quien dormita

harto de otros manjares,

si acaso tu aroma

despierta en él la nostalgia de lo cierto.

Pan cercano, en la casa que acoge

a quien quiera compartir un relato,

un proyecto, una promesa.

Pan vivo, cuerpo de Dios,

alianza inmortal, que no falte

en todas las mesas.²

Mons. Jorge García Cuerva

Noviembre 2023

² RODRIGUEZ OLAIZOLA, José María, *Pan*